

La emocion de miss Eva habia cubierto sus mejillas del color hermoso del carmin. Sus ojos, fijos sobre Teodoro, espresaban las tiernas agitaciones de su alma. «¡Es posible! le dice ella con el acento de la sensibilidad, ¡que vos sepais pintar tan bien el amor sin haberle sentido!!! ¡Ah, sin duda vos habeis amado!.... Y bien, continuó, voi á deshacerme de mi relox y de mis brillantes, para sacar de sus trabajos á ese jóven, cuyas lástimas sabeis pintar con tanta espresion.»

Teodoro no sabia qué replicar á unas espresiones tan afectuosas y tan claras. La desgraciada situacion del jóven le habia interesado: los sentimientos que le manifesta-

ba una jóven hermosa, aumentaban su turbacion: Teodoro suspiró: no podia espresar lo que pasaba en su corazon: en fin, dió gracias á miss Eva de sus bondades, y la suplicó hablase de este asunto á su padre durante la comida, para que aquel infeliz, á quien iba á decir volviese por la noche, pudiese saber el resultado de su pretension.

«¿Por qué esperar que venga mi padre? replicó ella. Podeis disponer de una suma diez veces mayor que la que necesita vuestro recomendado: yo seré vuestra fiadora si es necesario.

— Yo os doi mil gracias por la buena opinion que me dispensais; pero, jóven hermosa, mirad no



os induzca en error el reconocimiento que creéis deberme. Yo soi un desgraciado que vuestro padre ha recogido : estaba proscrito por los hombres cuando me ha concedido un asilo. ¡Ah! si vos me conocieseis, mi presencia os haria acaso huirme de horror como á un apestado.»

Despues de semejante confesion, producida por las circunstancias, Teodoro se apresuró á retirarse, dejando á miss Eva en un estado de perplejidad y de turbacion, desconocida hasta entonces. ¡Por qué era un objeto de proscripcion en la sociedad? ¡Habia, pues, cometido un crimen! ¡y este crimen debia ser bien horroroso para suponer que los amigos

que tanto le aman, huirian de él y le mirarian con horror si les hiciese tal confianza!!! En vano se detenia la inocente Eva en hacer mil congeturas para formar una idea de la impresion que Teodoro temia escitar. Ella no hallaba cosa que pudiese hacerle odioso, sin duda porque la imágen del crimen y la de Teodoro no podian presentarse juntas en su imaginacion. ¡Qué no hubiera ella dado por penetrar el misterio que la causaba tantas inquietudes! Sentia ya no haber aprovechado la ocasion que él mismo la acababa de ofrecer por la primera vez, y se decidió á no dejar escapar otra que se la presentase.

Estas reflexiones la ocupaban



aun cuando volvió Shechem. Yo no sé cómo sucede, que los niños, que no tienen ningun secreto para su padre, evitan siempre confiarle lo que concierne á los negocios de su corazon. Así miss Eva, haciendo misterio al suyo de las penosas agitaciones que la atormentaban, se limitó á darle cuenta de la visita del jóven que se habia dirigido á Teodoro, y del objeto de su solicitud. Cuando este último se presentó á comer, Shechem le suplicó, sonriéndose, le dijese el nombre de aquel, por quien habia abogado con tanto interes. «Se nombra Collier, respondió Teodoro.

— ¡Collier! repitió Shechem: le conozco, es un tratante en vino.

Tiene razon en amar á su muger: la nombran como el modelo de su sexo: me alegro que se dirija á mí. Hai en el mundo tantos impostores que tratan de sorprender á las criaturas, refiriendo desgracias imaginarias ó merecidas, que es bueno vivir con cantela; pero este es un excelente jóven. Cuando se casó, decian que hubiera podido hallar mejor partido, porque su muger no tenia bienes, habiéndose saltado su padre la tapa de los sesos en un acceso de desesperacion.»

Teodoro se inmutó al oir estas últimas palabras: el cuchillo que tenia, cayó sobre la mesa: cogió con mano trémula un vaso lleno de agua, y se le bebió de un golpe.



pe.... ¿Os hallais malo? le preguntó miss Eva con un aire turbado, mientras que Shechem, recostado sobre su sillón, le examinaba silenciosamente.

— Yo no tengo novedad al presente, respondió Teodoro: esto no ha sido mas que un ligero amaño de mi antigua enfermedad.

— Me alegro, dijo Shechem. Veamos lo que podemos hacer por Collier: yo tengo en uno de mis almacenes una fuerte cantidad de géneros de Portugal; como él entiende en estos artículos, mi designio es el de hacer el fondo de un establecimiento que pondremos bajo su direccion; y para que no se le mire como un mancebo mio, y que continúe gozando de

una consideracion útil, le propondré tomarme por asociado en este comercio: su industria y su vigilancia serán su capital, y partiremos el beneficio en comun.

— ¡Admirable pensamiento! exclamó Teodoro: por este medio no será forzado á dejar lo que tiene mas caro en este mundo. ¡Qué felicidad para él la de permanecer á el lado de una muger que adora, y de tener sin inquietud el indecible placer de ser amado!

— Tú te esplicas (dice Shechem, cuyos ojos se veian humedecidos de lágrimas) como un hombre que ha gustado esta felicidad, y que la ha perdido. ¡Ah! yo mismo, amigo mio, la he conocido! sí, yo disfruté de esa felicidad, y la he



perdido! ¡Ah, esa hija que tú ves, es el retrato de mi adorada esposa!

— Debeis haber sido feliz : nunca me he atrevido á preguntaros cómo os ha sido robada : es una crueldad el recordar semejantes ideas.»

Al cumplimiento que habia hecho Teodoro á miss Eva, esta habia fijado sobre él sus brillantes ojos con placer y alegría; pero su espíritu taciturno y abatido la sumergieron al momento en las inquietudes que afligian de continuo á su triste corazon.

Shechem le dijo que su muger habia sido asesinada por un ladron y arrebatada de sus brazos para siempre.

No tuvo tiempo para decir mas:

Teodoro, herido como por un rayo, habia cerrado sus ojos: todo su cuerpo experimentaba fuertes movimientos convulsivos: levantóse repentinamente sin hablar, y echó á andar hácia la puerta con intencion de salir.

«¡O mi querido Teodoro! exclamó Shechem, deteniéndole por el brazo, ¡no dirás nunca....!»

No se atrevió á concluir, acordándose de lo que este desgraciado jóven habia exigido. Su misteriosa reserva le inquietaba cruelmente; pero no tenia valor para esponerse á ver huir de su casa al hombre mas á propósito para ser el amigo de su vejez. Teodoro insistió en salir de una manera que no se le pudiese negar, y se retiró,



dejando á miss Eva y á su padre entregados á las mas penosas conjeturas.

He observado, dice Shechem á su hija despues de un momento de silencio, que hai ciertas cosas que le afectan particularmente, y que produciendo en él una impresion tan rápida como el fuego del rayo, le ponen en un estado convulsivo; lo que se debe atribuir ó á grandes infortunios, ó á algun crimen secreto. He observado sobre todo que la idea de la violencia le hace estremecer de horror. Tú has visto en este momento cómo ha enmudecido cuando yo hice mencion del suicidio; pero mas aun cuando he hablado de asesinato.

— ¡Cielos! exclamó miss Eva

fuera de sí, os atreveis á sospechar.... ¡Dios mio! ¡qué idea tan horrorosa! ¡Será posible que Teodoro haya empapado en sangre sus manos, cuando cada palabra, cada mirada, cada accion, anuncian en él la dulzura, la generosidad y la amabilidad!... Sin embargo, él mismo me ha dicho esta mañana, que si le conociese le huiria como á un apestado. ¡Oh reflexion cruel!

— Sin embargo, estoi bien lejos de creerle culpable, repuso Shechem; pero la singularidad de su conducta induce naturalmente á la sospecha: yo no encuentro mas que un medio de conciliarla con su inocencia, y es que una grande pesadumbre ha trastornado su ra-



zon, y que entonces la idea de algun crimen horrible ha hecho tan fuerte impresion en sus sentidos, que á la menor circunstancia que provoca su memoria, se estremece, como si realmente fuese culpable.

—Habeis aliviado á mi corazon, padre mio, dice Eva con un profundo suspiro; pues le tenia oprimido por un peso que le martirizaba. ¡Ah! yo no puedo creerlo: el alma de Teodoro es inaccesible al crimen. Pero pongamos cuidado en no decir nada en adelante que pueda despertar en él tristes recuerdos, ni causarle emociones dolorosas de las que no puede aun librarse.»

Shechem no pudo ménos de

sonreirse, al ver la ansiedad con que su hija buscaba motivos especiosos para tranquilizarse. El por su parte no dudaba ya de una manera ó de otra, que Teodoro dejase de estar complicado en un asesinato; todo lo que sabia de su conducta era en apoyo de esta sospecha: su retiro en una selva cuando habia salvado á su hija; la resistencia en nombrarse con riesgo de ser preso, cuando le habian arrestado como portador de un billete de banca tenido por falso; el encuentro que habia tenido en las calles de Lóndres á media noche, y en fin su ostinacion en permanecer oculto, y sus emociones involuntarias cuando la conversacion le conducia á la idea de violencia



ó de muerte. Sin embargo, los principios de justicia de que estaba penetrado, las inclinaciones virtuosas que parecían todas naturales en este jóven, no permitían á Shechem pensar que se hubiese hecho voluntariamente culpable: le suponía moralmente inocente; y así, gracias á este sofisma, carecía de toda inquietud, y se disculpaba á sí mismo de tener en su casa á un hombre que según todas las apariencias parecía ser un asesino.

Lo que mas le inquietaba sobre todo era la inclinación de su hija por el incógnito; veía claramente que á pesar de la diferencia de religion, á pesar de la pasión que el jóven Teodoro parecía tener

por otra muger, miss Eva cedía á las ilusiones de un sentimiento que no podía hacer sino su desgracia: no se presentaba en su imaginación sino la alternativa de alejar á Teodoro de su casa, ó darle á su hija á pesar de la lei de Moisés, si su predilección por otro objeto y las consecuencias de su conducta anterior no pusiesen en ello ostáculo.

Aunque del culto judaico, Shechem no era muy escrupuloso: interpretaba que el Profeta, prohibiendo los enlaces entre los gentiles y los israelitas, no habia tenido otro objeto que el de preservar á estos últimos de la idolatría; y que este peligro no existia ya entre los judios y cristianos, ado-



rando estos al mismo Dios de Israel.

Bensadí se abstenia de comunicar estas reflexiones á su hija, temeroso de que no concibiese la esperanza de ser un dia muger de Teodoro; porque aun cuando hubiera deseado tener un yerno que se le pareciese, las circunstancias singulares que notaba en este jóven, no le permitian pensar en este enlace, aun cuando su hija hubiese sido el principal objeto de su cariño; lo que estaba bien lejos de creer, segun lo que habia visto, cuando habia entrado en su cuarto, y pronunciado el nombre de Elisa, como su hija lo habia oido.

## CAPITULO VI.

**T**eodoro estaba en su cuarto entregado á todas las angustias de su corazon: las pasiones violentas ceden alguna vez al imperio de la razon; pero si algun accidente las quita este freno, ellas entonces brillan, trastornan el alma y la hacen juguete de sus fogosas agitaciones.

Luego que logró recobrar un poco de calma, se detuvo á la resolucion de dejar una familia que le queria, pero en el seno de la que introducía la inquietud á su pesar. Sin embargo, dejarla sin dar una